



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo VI. De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama:
y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO VI.

De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.



En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse (1) la vez tercera, y volver al ejercicio de su para ellas mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frío: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron le dijo el ama: en verdad, señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito (2) á Dios y al rey, que ponga remedio en ello.

A lo que respondió don Quijote: ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen entre otros muchos es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos: y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: díganos, señor, ¿en la corte de su Magestad no hay caballeros? Si, respondió don Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostencion de la magestad real. ¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte?

Mira, amiga, respondió don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los aco-

(1) Separarse de su compañía, marcharse de su casa. — Arr.

(2) Con voces altas y desentonadas — D. A.

metemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre si reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol (1) ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo si; y has de saber mas que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandisimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir; y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos.

¡Ah, señor mio! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sanbenito (2), ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Como qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua (3) y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde y cortes caballero de su tiempo, y demas grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son cortes ni bien mirados; algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. ¡Vá-lame Dios! dijo la sobrina, ¿que sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito é irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?

Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiráran; pero por no mezclar lo divino

(1) Alude á la ceremonia usada en los desafíos que llamaban *partir el sol*, para dar á los combatientes iguales distancias en el campo: otros dicen que para situarlos de modo que no les diese el sol en los ojos y los deslumbrase.—Arr.

(2) Derivado de *saco benedicto*, bendecido ó bendito: es una señal que se ponía á los penitenciados por el detestable Santo Oficio.

(3) Hablar mal de alguno, murmurar.—D. A.

con lo humano no las digo. Mirad, amigas : á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aun que tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada (1), como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los mas, que ni tuvieron principio bueno



ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, seran ejemplo muchos principes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla,

(1) En poco ó muy poco. — D. A.

conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos sería en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna (1), y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia (2) del planeta Marte así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razón pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante caballería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin, y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro (3), que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que también mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. Yo te prometo, sobrina, respondió don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes.

(1) Alusión al pasaje del Evangelio, en que manda Jesucristo que no dé limosna el cristiano tocando una trompeta delante de sí, sino que la dé sin que nadie lo entienda (*S. Math.* cap. VI, v. 2). En esta doctrina está también fundado el adagio antiguo castellano: *Has buena farina, é no toques la bocina*. — P.

(2) En tiempo de Cervantes, y aun mucho después, se creía en la influencia de los astros, tanto en lo físico, como en lo moral. Es *mi estrella*, era *mi signo*, son expresiones por entonces muy comunes y recibidas. — Arr.

(3) Garcilaso de la Vega, *Elegía á la muerte de don Bernardino de Toledo*. — P.

A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quien llamaba; respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á escon-derse por no verle: tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los bra-zos abiertos su señor don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

